

## Capítulo 2 - La pendiente resbaladiza

Aunque perdí la oportunidad de encontrar la fuente de esa alegría que experimenté aquella tarde, la perseguí incansablemente durante los siguientes tres años. A veces recurría a las drogas, pero cualquier disfrute que me daban se evaporaba cuando bajaba de un «subidón». También intenté desenterrar poderes internos de telepatía y percepción extrasensorial sin resultados, y experimenté con diversas formas de meditación. Todo este tiempo, mi vida personal se tambaleaba en un desorden aún peor a cada paso que daba.

Otros viajes a la religión me acercaron de nuevo a ese sentimiento de alegría, como el estudio del hinduismo y la búsqueda en los escritos de místicos, pero siempre permaneció esquivo. Aunque agitaban mi imaginación, siempre percibía su vacío; el camino a la iluminación parecía demasiado difícil. Durante toda esta decepción, descuidé mis estudios mientras intentaba encajar con la multitud y encontrar una relación satisfactoria. Todo fue en vano. Gradualmente, el estrés de la depresión por esperanzas insatisfechas se convirtió en una característica constante de mi vida. Me preguntaba si la vida valía la pena.

A veces tenemos que tocar fondo antes de darnos cuenta de que realmente no podemos ganar. Combatimos el estrés con nuestras propias fuerzas, pero gradualmente nos quedamos sin energía, agotando nuestros recursos de «lucha o huida». El cuerpo humano está hecho para soportar una andanada de múltiples factores estresantes, pero finalmente sucumbe a dolencias físicas y mentales, incluso enfermedades, si el estrés permanece sin alivio durante demasiado tiempo.

En algún momento, decidimos que simplemente no podemos vencer el problema. Ahí es cuando Dios puede intervenir. Si ya le conocemos, podemos pedirle que se haga cargo de la situación. Pero si no le conocemos, y el momento es el adecuado, ¡Él simplemente puede hacerlo de todos modos! Eso es lo que me pasó a mí.

La vida era continuamente estresante. Estaba desilusionada con las fiestas y había fracasado en mi búsqueda espiritual. Incluso perdí a mi novio. A medida

que mi programa universitario de tres años llegaba a su fin, me di cuenta de que estaba al borde del fracaso y de hacer un completo desastre de mi vida. Tenía que hacer un cambio.

Habiendo perdido tanto, empecé a pensar en mis padres y en sus sueños para mí. Ellos se habían sacrificado durante años para darme una educación, así que me dediqué a revertir dos años y medio perdidos. Afortunadamente, todo dependía de un par de proyectos importantes y exámenes finales; valía la pena intentarlo.

Sorprendentemente, mi estrés disminuyó cuando finalmente renuncié a las luchas sociales y espirituales. Y mientras comenzaba a centrarme en la necesidad de otra persona, la de mis padres, y en hacer lo que sabía que era correcto, Dios comenzó a reorganizar mi vida por completo. Fue nada menos que un milagro.

Por la gracia de Dios, obtuve mi título en Antropología Social. Aunque meses antes había sido aceptada en un programa de posgrado para trabajadora social, recibí una carta indicando que la financiación para esa formación ya no estaba disponible. Me estremecí al pensar en seguir estudiando, mientras el departamento de antropología de la universidad reclutaba graduados para puestos de investigación, pero el jefe del departamento prácticamente me rogó que aceptara una oportunidad increíble. Aunque solo quería una referencia de trabajo cuando fui a verlo, me sorprendió con un proyecto de investigación de posgrado totalmente financiado en el Caribe.

Parte de lo asombroso es el *momento* de Dios. Era inaudito simplemente entrar en la oficina del jefe de departamento sin cita previa, ¡y también era la última tarde antes de que los fondos para este proyecto hubieran sido devueltos al pagador!

Un viaje con todos los gastos pagados a un destino tropical era demasiado tentador para rechazarlo. El año pasado había sido testigo de un cambio asombroso: ¡de casi reprobar la universidad a una asignación de ensueño para posgrado en las Antillas! Por supuesto, simplemente pensé que se trataba de una

afortunada serie de eventos; nunca vi la *Mano Divina* hasta más tarde. Pero sí me di cuenta de que Alguien me estaba cuidando.

Una tarde, antes de mis exámenes finales, había estado estudiando hasta tarde en la biblioteca de la universidad. Estaba muy cansada y recogí mis pertenencias para ir a casa. Era una noche húmeda y ventosa, y tenía que recorrer varias millas en mi pequeña motocicleta para llegar a casa. Confundida por la fatiga y el clima temperamental, hice un giro inoportuno hacia una autopista de cuatro carriles. En un instante, estuve a centímetros de ser golpeada por un coche. Llegué a casa todavía temblando por la experiencia. Encendí un cigarrillo y caminé por mi habitación. Había escapado por poco de la muerte y solo pude decirme a mí misma: «¡Alguien allá arriba debe quererme viva!».

¡Sí! De hecho, alguien sí. Fue otra intervención más de Aquel en quien, sin saberlo, vivía, me movía y tenía mi ser.

Si tu estrés parece abrumador y sientes ganas de rendirte, estás en el lugar perfecto para que Dios haga algo maravilloso en tu vida. «Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas» (Salmo 147:3). Entrega tu situación a Él, incluso si aún no le conoces. Yo ni siquiera sabía lo suficiente para hacer eso, pero sí abandoné mis propios intentos de manejar mi vida en un vano intento de encontrar realización. ¡Y Dios tenía mucho más reservado de lo que yo podría haber encontrado por mi cuenta! «Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí, y oyó mi clamor. Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña, y enderezó mis pasos» (Salmo 40:1, 2).

Jesús nos toma donde estamos. Él puede levantarnos del agujero más profundo —las circunstancias más desalentadoras—. «He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?» (Jeremías 32:27). Él puede darnos algo mucho mejor de lo que jamás podríamos encontrar por nosotros mismos.

Jesús nunca nos impone Sus planes. En cambio, nos invita a responder, incluso de la manera más pequeña, para que Él pueda llevarnos un paso más allá. «Oh Jehová, tú me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y mi

levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano» (Salmo 139:1-5).